

Hambre y sed de Justicia

El Apocalipsis, Ahora

30
Dic.
1987.

POR LORENZO MEYER

SE llama Saturnino Fierro, ha de tener más de sesenta años. En su juventud fue soldado de caballería. Ahora se gana el salario mínimo —más las propinas— siendo el caballerango de la pequeña cuadra de un hotel y balneario cercano a León. Los caballos que cuida no son la gran cosa, pero al menos están gordos y tienen pocas manchas.

Salió a montar con el señor Fierro un par de veces. En el transcurso de las cabalgatas surgió la plática. Me sorprendió una afirmación suya, repentina y contundente: "hoy no volvería al Ejército ni aunque me la dieran de general". La causa de tal aserto no tenía nada que ver con el Ejército mismo.

★

RESULTA que hace tres años el señor Fierro empezó a leer la Biblia, y fue ahí donde se enteró, entre otras cosas, de que el fin del mundo ya está muy cerca. Para él, las señales de la catástrofe que se aproxima son evidentes; una de ellas es la actual crisis económica, y desde luego las guerras de las que diariamente informa la prensa. Desde su punto de vista, la "bestia apocalíptica" ya empezó a acabar con los incrédulos y los practicantes de las falsas religiones —que desgraciadamente forman la mayoría del género humano— y va a seguir haciéndolo. Mi curiosidad me llevó a preguntar a mi compañero de ocasión a qué bestia se refería. El paró el caballo y con absoluta seguridad me dijo: "Pues al gobierno... a los gobiernos". Me acordé entonces de las varias conversaciones que, por iniciativa de él, tuve con un sastre de poca clientela que hasta hace dos años alquilaba un pequeño local cerca de mi casa, en

un barrio populoso del sur de la ciudad de México. A querer que no, cada vez que le visitaba para que me hiciera algún pequeño cambio en mi ropa, calía a relucir la Biblia y, sobre todo, la parte del Apocalipsis. Eso en él era una verdadera obsesión. Algunos domingos me lo encontré con su familia, muy arreglado —con un portafolios donde llevaban la Biblia y pequeños folletos religiosos—, tocando puertas en busca de nuevos conversos.

Para el señor Fierro, como para mi antiguo sastre, la tragedia mexicana es parte de una mucho mayor, de carácter cósmico, y que por tanto no tiene sentido buscarle solución.

La salvación ya no pasa por la actividad política, sino que es un asunto estrictamente espiritual e individual. Según ellos, la sociedad mexicana como toda: las demás está corrompida hasta la médula y por tanto destinada a desaparecer en medio de catástrofes para luego dar paso al reino de Dios donde por fin habrá lo que el caballerango y el sastre tanto desean, pero nunca han visto: justicia, dignidad y paz.

★

NO sé cuántos mexicanos crean, como Saturnino Fierro o el sastre, que el gobierno es la encarnación de la bestia apocalíptica y que ya no es posible pensar que este mundo tenga compostura. Sospecho que un número elevado y creciente de mis conciudadanos ven el futuro con pesimismo y desconfianza y consideran al gobierno no como una fuerza benéfica sino como una fuente casi inagotable de males. Las razones para ello sobran, pero confío en que aún no sean mayoría quienes han decidido rechazar radicalmente a la actividad política como una solución imperfecta pero necesaria a nuestros problemas de colectividad, de nación.

Históricamente, las personas como Saturnino Fierro o el sastre —y que son la mayoría de los mexicanos— son poseedores de una experiencia política secular en extremo negativa: siempre han sido objeto de las manipulaciones de los poderosos y nunca han podido decidir por sí mismos y de manera sostenida su propio destino. Cuando han actuado de manera independiente y organizada, demandando o protestando, el resultado final ha sido con monótona frecuencia el engaño o la represión. Resulta, pues, natural, que los perdedores de siempre vean ahora en nuestra realidad cotidiana el cumplimiento de las terribles predicciones del Apocalipsis, y en éste su reivindicación final. Para ellos ha de ser reconfortante saber que está a punto de llegar el momento en que recibirán su justo castigo los poderosos y todos aquellos que los han humillado y explotado. Tras el gran desastre, el mundo quedará limpio y sólo los elegidos van a sobrevivir, y entre ellos no estarán los presidentes, ni los gobernadores, tampoco los ricos, los ladrones, los abusivos y en fin todos los que han

Hambre y sed de Justicia.- El Apocalipsis

Sigue de la página siete

contribuido a hacer de esta tierra un sitio poco agradable para Fierro, el sastre y muchos más.

Aunque creo comprender las razones del señor Fierro y sus correligionarios para pensar como piensan, me preocupa mucho que sus ideas ganen adeptos, pues aun cuando tienen muchos aspectos positivos —como su apego a la familia, la dedicación al trabajo, la honradez, y su actitud antialcohólica— su efecto en la vida pública no es otra cosa que el abandono de la lucha por la justicia en este mundo, para esperar pacientemente a que un Dios bastante duro se encargue de hacer lo que los hombres no hemos podido.

★

HACIA tiempo que no veía tan claramente ejemplificada la opinión de Marx de que la religión es el opio del pueblo como en los dos casos a los que me he referido. No sé si quienes directamente introdujeron al señor Fierro o al sastre al estudio de la Biblia —seguramente personas en la misma situación que ellos— estaban conscientes de que su visión del mundo es en extremo reaccionaria pues desactiva políticamente a quienes convierte —que quizá son los más sensibles a las imperfecciones de la sociedad— y en cambio los transforma en súbditos ideales de un sistema autoritario como es el nuestro. Sin embargo, sospecho que quienes están al principio de la cadena y que dirigen la enérgica campaña de proselitismo que las sectas protestantes desarrollan en México y en otros países latinoamericanos —en particular Centroamérica—, sa-

ben perfectamente bien el significado político de su actividad, y justamente por ello la llevan a cabo.

En mi opinión, resulta contraproducente —por irreal, y debido a lo mismo, ineficaz— asumir una actitud que ve a la vuelta de cada esquina una conspiración norteamericana encaminada a mantener a los países que están al sur del río Bravo bajo el yugo del imperialismo pero me temo que en este esfuerzo misionero de las sectas protestantes por prosperar en el fértil terreno de la desesperanza ignorancia e impotencia de las clases bajas mexicanas, hay, entre otras cosas, un desig-

nio político muy obvio de parte de quienes las financian desde el exterior: anular en beneficio del *statu quo* el potencial de rebeldía que existe en los sectores populares en la inconformidad frente a un sistema que ha sido injusto y ahora ineficiente.

Ahora bien si los protestantes están ganando terreno entre los mexicanos pobres es porque finalmente han tenido la voluntad de llegar a ellos y han encontrado la forma de dar una respuesta a sus angustias. Esto es justamente lo que no hemos podido o querido hacer quienes hoy nos quejamos del resultado de la actividad

de las sectas protestantes. Al final de cuentas, la culpa de este avance en la despolitización de los mexicanos pobres está en quienes han aprovechado su posición de autoridad para explotarlos —los gobernantes, los propietarios los líderes, la Iglesia Católica, etcétera—, pero también en quienes no hemos sabido proponerles opciones a su desesperanza: los partidos políticos de oposición, los intelectuales y las instituciones educativas nacionales. Una vez más, al imperialismo le ayudan enormemente el egoísmo y la irresponsabilidad de las élites locales.